

desde el arte

Las portadas de Carlos Aguirre

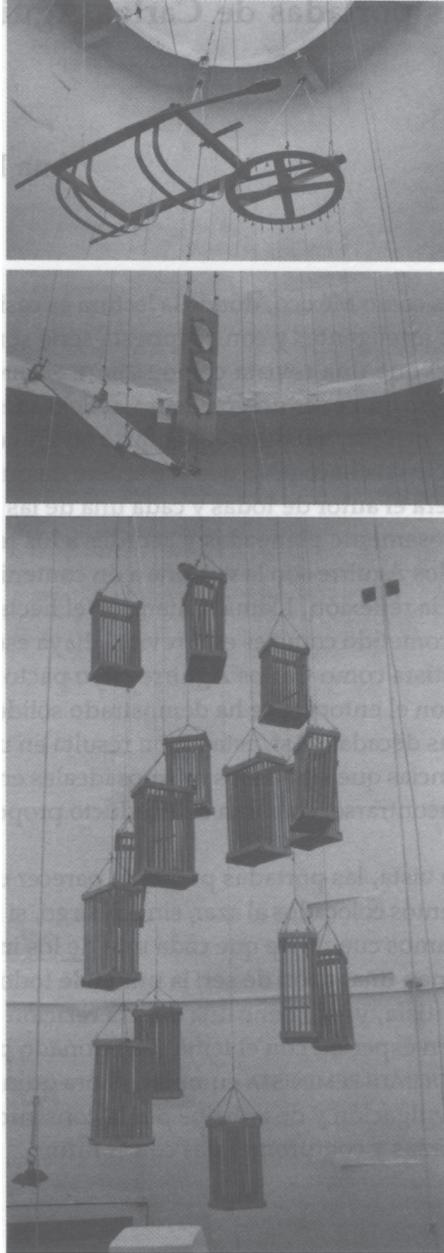
Ana Elena Mallet

En un país como México, donde la lectura es casi nula y las publicaciones inteligentes y con propuesta seria son escasas y/o efímeras, el que una revista como DEBATE FEMINISTA llegue a su aniversario número quince es un gran logro, reflejo además, de un enorme esfuerzo que merece, sin duda, celebrarse en grande.

No fue sino hasta hace poco que me enteré de que el artista visual Carlos Aguirre era el autor de todas y cada una de las portadas de esta revista. Cuidadosamente planeadas y acordes a los temas a tratar, las portadas de Carlos Aguirre son la ventana a un contenido dinámico que busca estimular la reflexión. Llama la atención el hecho de que un proyecto tan comprometido como es esta revista, haya escogido integrar a sus filas a un artista como Carlos Aguirre cuyo pacto personal con su propia obra, y con el entorno, se ha demostrado sólido y auténtico a lo largo de ya varias décadas. Así, esta unión resulta en un perfecto maridaje: dos excelencias que siguen los mismos ideales en diferentes campos, y que, al encontrarse, elaboran un producto propositivo que invita a la reflexión.

A golpe de vista, las portadas pudieran parecer un producto abstracto con elementos colocados al azar, sin embargo, si nos detenemos a mirarlas, nos damos cuenta de que cada uno de los ingredientes en la imagen final tienen una razón de ser: la unión de todos ellos conforma el mensaje del artista, y éste tiene una directa relación con el contenido de la revista y, en especial, con el tema seleccionado para esa edición.

Aguirre y DEBATE FEMINISTA cumplen ahora quince años de lucha continua, de divulgación y de anhelos por la construcción de sociedades más informadas y comprometidas con el futuro.



Carlos Aguirre, *Energía Solar*, 1997

Carlos Aguirre, convicciones adquiridas

En los últimos años, el mundo del arte contemporáneo ha hecho sus apuestas por un buen número de jóvenes artistas mexicanos. Los creadores que tienen entre 25 y 40 años son los que acaparan las portadas de las revistas especializadas, los que inundan las galerías de Nueva York y los que son altamente cotizados en las ferias de arte. ¿Moda? ¿Necesidad o necesidad del *mainstream* de contar con un grupo de artistas emergentes que proceden de un país “subdesarrollado”? Lo cierto es que este grupo de jóvenes artistas, tan sonado y codiciado en estos días, no apareció por generación espontánea, es resultado del trabajo y el esfuerzo de varias generaciones de artistas que, con paciencia, sabiduría y lucidez han logrado que finalmente los ojos del mundo se posen en México y en su producción artística.

De aquellas generaciones anteriores, tal vez uno de los artistas más interesantes y destacados sea Carlos Aguirre (Acapulco, 1948). Un artista que sobrepasa ya los cincuenta años y cuya obra no ha dejado de ser vigente, al revelarse siempre contemporánea.

Aguirre se formó en lo que se conoce como la generación de los grupos, en los años setenta del siglo XX. Una generación comprometida con el arte y con el entorno en que éste se producía. En aquellos años mexicanos, de guerra sucia y silenciosa, de nuevos movimientos sociales y políticos, además de las problemáticas propias de la época, los artistas enfrentaban una lucha contra el mercado y la comercialización de su obra. Así, buscaron soluciones plásticas para evitar el sometimiento a los mecanismos de legitimación del arte. Las acciones, los happenings y el performance fueron géneros muy recurridos entonces. Lo efímero fue característica sustancial del arte de aquella época.

Miembro del colectivo “Proceso pentágono”, Aguirre se destacó siempre por su meticulosidad en la forma y por el interés y la sustancia que le impuso al fondo de su obra. Desde siempre, este artista se ha caracterizado por su predilección por los temas sociales y políticos. Su obra ha sido la gran depositaria de sus ideales y la traductora de sus preocupaciones.

En los años ochenta, Carlos Aguirre encontró en la instalación el medio perfecto para exponer sus temas. Género híbrido que oscila entre la escultura y la ambientación, la instalación permite el uso de materiales poco convencionales, a veces reciclados y otras veces reciclables, que al exponerse a una lectura continua generan nuevos

significados, revelando una fuerte carga simbólica. Hacia el fin de la década de 1990, la obra de Aguirre adquirió tintes aún más políticos: la muerte, las epidemias, la búsqueda de la igualdad social, sexual y racial, los derechos humanos, la violencia, la tan anhelada democracia y la ecología, se vieron reflejadas constantemente en su producción. Pero ya desde entonces, a este artista no le importaba sólo el decirlo sino cómo hacerlo. Aguirre ha apostado por una evolución estética, escudriñando también, de manera obsesiva, los terrenos semántico y lingüístico con el fin de transmitir sus conceptos de la mejor manera posible. Artista comprometido con su propia existencia, Carlos Aguirre se ha servido de su arte para denunciar situaciones injustas y manifestar sus inconformidades.

A lo largo de los años, este artista ha creado un lenguaje propio que ha permitido a sus obras comunicar sus más profundos anhelos y las más diversas preocupaciones. Inserto dentro de la tradición escultórica, el lenguaje perceptible en la obra de este artista tiende a ser una cadena de signos o elementos narrativos que producen un discurso que busca ser acorde a los tiempos. Este lenguaje ha ido sufriendo diversas metamorfosis al adaptarse a la realidad cambiante.

Procurando llevar su obras a los límites, lo mismo en temáticas que en materiales, Aguirre ha fomentado la motivación en el espectador invitándolo a experimentar, también, los límites de su propia comprensión. Las obras de Carlos Aguirre obligan al espectador a un ejercicio hermenéutico donde cada uno de los elementos es fundamental para la interpretación. A través de su obra, Aguirre no sólo denuncia, realiza un análisis del discurso, una investigación profunda de la ideología dominante y la expone ya en crudo, ya con crudeza.

En su producción más reciente, la preocupación de este artista por el lenguaje, sus signos y su significación es aún más evidente. Dejando atrás los materiales pobres o encontrados y aquellos elementos industriales que cargaban de significados sus piezas tempranas, Aguirre se vuelve a los libros y las revistas —medios de comunicación masiva y a veces inmediata—; los deshoja, tritura, recorta y reconforma, y crea nuevas páginas de historia en las que se cuestionan lo mismo los discursos hegemónicos predominantes, que a las instituciones que los ejercen. Los mensajes de la iglesia, los gobiernos, la globalización y el terrorismo, han servido a este artista para trazar nuevas cartografías en las que ya no es perceptible la impotencia y la frustración del artista y/o ciudadano por

estar sometido a decisiones incomprensibles tomadas por gobernantes poco preocupados por el bienestar general. Ahora Aguirre ataca estos discursos tan dominantes como reduccionistas, con el humor y la ironía como principales elementos de comunicación. Con este tipo de piezas y, siguiendo el sendero propuesto por la hermenéutica, Aguirre busca dotar al espectador de herramientas que le ayuden a generar una nueva mirada ante la realidad de un mundo atroz, falto de la suficiente conciencia política y social.



Carlos Aguirre, Forest, 1997.